

https://www.ncregister.com/commentaries/christ-crucified-and-resurrected-vs-the-therapeutic-jesus?utm_campaign=NCR&utm_medium=email&_hsmi=255338714&_hsenc=p2ANqtz-9vv320txuRscAZFF35qaGucwlc18Jlip5PM6v7oVqd71yYn85WtSMTa-_EEo05c1YTMQ_qpHehe7IXjfxwl_n2TyDPQ&utm_content=255338714&utm_source=hs_email

CRISTO CRUCIFICADO Y RESUCITADO VS. 'EL JESÚS TERAPÉUTICO'

COMENTARIO: La imagen actual del Jesús de interminable autoafirmación que se promueve en algunos círculos no es el Jesús de los Evangelios.



"Cristo en el limbo" de Fra Angelico, 1441 (foto: Dominio público / Wikimedia Commons)

[larry chapp](#) 20 de abril de 2023

Ahora estamos bien entrados en la temporada de Pascua, y en este momento cada año mi mente se siente atraída por el misterio profundo y profundo de los eventos pascuales de la Semana Santa. Pero este año parece que estoy aún más enfocado en el significado de la cruz y la Resurrección como la clave para entender todo el cristianismo.

Lamentablemente, incluso muchos en nuestra Iglesia parecen tener la intención de promover una imagen de Jesús que es puramente terapéutica de una manera diseñada para que parezca que Cristo estaría bien con nuestra locura cultural actual sobre temas de sexualidad y género en particular, pero también en todas las demás áreas donde se enfatizan varias "identidades" como absolutamente centrales para la felicidad y el bienestar de una persona.

Entonces, comencemos con una simple pregunta: ¿Cuál es la revolución que creó Jesús de Nazaret, y por qué fue tan devastadora para las estructuras de poder dominantes del mundo y cambió para siempre nuestra visión de quién es Dios? Estas son preguntas difíciles de responder porque los mismos autores de los Evangelios parecen reacios a domesticar la imagen de Jesús dentro de la caja de un "sistema teológico" prefabricado, dándose cuenta, sospecho, de que tan pronto como uno enjaula un tigre, realmente ya no tiene un tigre.

Siempre ha existido la tentación de domesticar a Jesús, ya sea a través de mil silogismos abstractos o a través de su reducción a un gurú gnóstico de autoaceptación ilustrada. Creo que nuestra cultura actual es más propensa a lo último que a lo primero, ya que el Cristo de la cafetería nos permite llamarnos "cristianos" incluso cuando justificamos matar a personas inconvenientes, ya sea en nuestra guerra aparentemente interminable o en nuestro varias "clínicas" para la "atención de la salud reproductiva". Así, el Jesús que fue crucificado en un acto de descenso abnegado a la profundidad de la condición humana, se convierte, mediante la alquimia de un café con leche y clases de yoga, en el Jesús de la "muerte desde arriba" y de la "dilatación y succión".

El mundo actualmente de moda de la "espiritualidad", con sus atrapasueños y su farmacia, *falsas* terapias budistas, no sabe nada del verdadero Jesús. De hecho, estas curiosidades de sala de estar actualmente de moda son simplemente la versión de la Ivy League del evangelio de la prosperidad, completa con promesas de desintoxicación del cuerpo a través de la bebida de grotescos líquidos verdes de origen desconocido. Jesús + aceites esenciales = una casa de piedra rojiza en Park Slope.

En cambio, la imagen penetrante y lacerante que presentan los evangelios es precisamente eso, un icono de Dios, y su lógica está incrustada en la estética dramática de un hombre humillado, crucificado, que desciende a la silenciosa solidaridad de los muertos. Y los Evangelios aclaran que este descenso al mundo disoluto de la descomposición, al hedor enmohecido del aguijón de Satanás, fue la condición misma para la gloria que sigue. La Crucifixión y el descenso a la muerte no fueron meros preliminares, o un mandato teológico forense que tuvo que ser soportado, estoicamente, para satisfacer una sed de sangre bestial por parte de Dios antes de recompensar a Jesús con el boleto dorado.

No, la cruz de Cristo no es un mero preliminar. No se trata de un mero acto jurídico de apaciguamiento seguido de exoneración judicial y profusión de regalos de despedida. Es en verdad la revelación de la naturaleza más profunda de Dios, la expresión en forma humana, mundana y temporal del Eterno. Pero, ¿qué puede significar que la vida interior de Dios se expone mejor de esta manera brutal?

Jesús dijo: "El que me ve a mí, ve al Padre" (Juan 14:9). Y, según los Evangelios, "ver" a Jesús es mirar la cruz. No exclusivamente (puesto que la Resurrección también forma parte de este acontecimiento), sino focalmente, centralmente. Es contemplar la Resurrección en ya través de la Crucifixión, por lo que Cristo Resucitado es para siempre el "Cordero que fue inmolado" y cuyo cuerpo resucitado aún conserva las marcas de su grotesco suplicio.

Hans Urs von Balthasar señala que, en el Libro del Apocalipsis, es el Anticristo a quien mágicamente se le cura una herida en la cabeza, lo que asombra a las masas. Pero Cristo se presenta como el Cordero que desde la eternidad es inmolado y que todavía lleva las marcas de su crucifixión, que es un mensaje profundo de la transformación y redención completas de la naturaleza desde dentro de las categorías de muerte, no debajo o detrás de ellas. Como tal, el Cordero constituye un repudio directo de la religión de la "magia terapéutica" y su búsqueda de formas superficiales de felicidad impulsadas por la dopamina y, en cambio, nos revela un tipo diferente de poder arraigado en un profundo descenso moral y espiritual (*kenosis* en Paul's griego) y el sacrificio por el bien de los demás.

La cruz nos revela que Dios, como amor, no es más que puro don. Él está dando, como tal. Es decente y exhibe un sacrificio desinteresado por el bien del otro, como tal. Esta es la esencia de lo que es también la Trinidad, y nos revela cuál es verdaderamente la esencia de la vida divina en nosotros y qué exige de nosotros como respuesta a través de la conversión de todo nuestro ser a este modelo de sacrificio cruciforme. . Cristo está eternamente "marcado" por su crucifixión. Así, también, debemos estar tan marcados. Este es el criterio para la entrada en el Reino. Esta es la diferencia esencial de la fe específicamente cristiana frente a todas las demás, seculares y religiosas.

No somos "gente de la resurrección", como nos informa el eneagrama y la multitud del cáliz de la tienda de artesanías, como si la cruz ya no importara y todos pudiéramos abrazarnos unos a otros "donde estamos en la vida tal como Dios nos hizo". Porque si hemos de resucitar, es en el Reino primero inaugurado en la cruz y es, por tanto, el Reino de "la *cruz* y la resurrección". Y decididamente no es, por tanto, entrada en un Reino marcado de cabo a rabo por una preocupación de que Dios bendiga mi concupiscencia y después de bendecirla la llame "buena" ya que así "él me hizo" y es, por tanto, mi inalterable y la "identidad" dada por Dios.

Esta visión terapéutica de Cristo representa una especie de inversión demoníaca de la muerte del yo que representa la cruz. En cambio, lo tergiversa como nada más que la solidaridad de Dios con todos los pecadores, y quien luego "acompaña" al pecador sin más invitación a entrar en el camino de la cruz y el camino singular hacia la santidad regeneradora que hace realidad. Como observó CS Lewis en *The Problem of Pain* , no es realmente el amoroso Dios de la cruz y la Resurrección lo que buscamos, sino más bien una benevolencia senil en el cielo cuya aparente bondad es en realidad un desprecio velado por nuestra capacidad de llegar más alto. ser "perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto" (Mateo 5:48).

El Jesús real que se nos presenta en los Evangelios nos muestra, en cambio, que si vamos a resucitar, será como *crucificados* y resucitados. No hay otro camino. Y es precisamente la contramarca del Anticristo imaginar que la hay.

La Iglesia es de hecho un hospital de campaña diseñado para ministrar a los pecadores, sin importar la gravedad de sus pecados. Pero un hospital de campaña sigue siendo un hospital, y su función principal es curar. Sin embargo, un hospital no es un hospicio y, sin embargo, últimamente parece haber muchos en la Iglesia que quieren tratar nuestros pecados, especialmente nuestros pecados sexuales, como aspectos terminales incurables de nuestra naturaleza que resisten la recuperación regenerativa y son impenetrables a la quimioterapia de gracia. O peor aún, tratarlos como si no fueran pecados en absoluto, sin necesidad de tratamientos medicinales. Desde este punto de vista, todo lo que podemos hacer es tomar la mano del pecador y decirle que Jesús no exige que se arrepienta, ya que esto es "lo mejor que puede hacer" bajo sus "circunstancias complejas y difíciles".

Este no es el camino de la cruz. Es una forma de medicina que es nada menos que arsénico mezclado con miel. La compasión y el acompañamiento son cosas maravillosas y necesarias y exigen de nosotros entrar en la dinámica de la cruz de Cristo para cumplir nuestra misión de servicio a nuestros hermanos y hermanas que sufren bajo el yugo de las mentiras y las ilusiones de la modernidad. En efecto, debemos acompañarlos para ayudarlos a liberarse de la esclavitud de los “principados y poderes” de nuestro actual colectivo cultural de concupiscencia.

Pero es una falsa compasión y una engañosa ilusión de misericordia acompañar a un enfermo negándole los tratamientos curativos simplemente porque implican dolor, tanto físico como mental. Y ciertamente no es compasivo recetarles más de la misma comida chatarra espiritual que los llevó al hospital en primer lugar.

En definitiva, este Jesús terapéutico de interminable autoafirmación no es el Jesús de los Evangelios. Creo que eso debería importar.